

están atentos algunas veces, como los hijos de Isaac, para engañar al padre que está para morir y adelantarse unos á otros; se dan prisa á aprovecharse del tiempo para hacerle que declare sus últimas intenciones; los cuidados de la conciencia se dejan para otro tiempo menos proporcionado, y el negocio de la eternidad es el último de todos. Entonces llaman al ministro de Jesucristo, porque es preciso esperar á que el enfermo casi no conozca para que no se se asuste al verle llegar; entre tanto el mal insta, ya no se puede esperar del pecador una relacion exacta de sus desórdenes, es preciso contentarse con algunas voces vagas y mal coordinadas que casi se le sacan por fuerza; le decimos que se arrepienta, ¿pero quién sabe si lo oye? Le pedimos alguna señal de dolor, levanta sus ojos moribundos, se esfuerza en vano para mover una lengua ya inmóvil, dice que sí con la cabeza, nos parece que le hemos entendido; ¿pero quién sabe si se entiende él á sí mismo? Da voces el sacerdote del Señor, procura que á lo menos resuenen en sus oídos las palabras de salud eterna, y el nombre de su Salvador repetido mil veces con esfuerzo; ¿pero quién sabe si este dulcísimo nombre llega hasta su corazón? Se arma con la señal de nuestra redencion, presenta un Dios crucificado al pecador que espira, le aplica á su boca ya trémula y cárdena, le hace que levante hácia este objeto de consuelo sus manos desfallecidas y sus ojos ya medio apagados; ¿pero quién sabe si consigue que él le conozca? Llega la muerte y espira el pecador: ¡gran Dios! ¿qué sucede entonces á aquella alma? ¿qué halla al tiempo de salir de su morada terrena? Y cuando cae en las éternas manos de vuestra venganza, ¿qué susto al hallarse, como si despertara, á los piés del tribunal terrible! Ve abierto el abismo en su presencia, y que no ha mediado entre una vi-

da llena de delitos y la severidad de vuestros juicios, mas que el letargo y los sueños de una corta enfermedad. ¿Qué puedo añadir á esto, católicos, mas que la sencilla reflexion del profeta? Escuchad esto los que os olvidais de Dios en vuestra vida para que no os sorprenda en aquella última hora y no haya quien pueda entonces libraros de sus manos: *Intelligite hæc, qui obliviscimini Deum, nequando rapiat, et non sit qui eripiat.*¹

Por otra parte, católicos, y no es menos digna de vuestra atencion esta última verdad; aunque os prometais que habeis de conservar hasta el último suspiro la razon tan sana y tan entera como la teneis al presente; ¿os parecen nada los obstáculos que entonces hallareis en vuestro propio corazón? ¿os parece que unas pasiones que estais criando desde la niñez, que han llegado á ser como vuestra natural inclinacion y vuestro temperamento, han de ceder y se han de deshacer en un instante? ¿que se ha de obrar en vosotros un milagro repentino, y que en un instante os habeis de mudar en nuevos hombres? ¿Las graves enfermedades á que no se ha seguido la muerte, obran acaso muchas conversiones? ¿se ven muchos pecadores que al salir de estos últimos peligros, despues de los mas vivos propósitos y de haber recibido los últimos remedios de la Iglesia con una compuncion aparente, muden de vida? ¿Quién puede responder á esto mejor que vosotros mismos? Algunas veces habeis llegado hasta los umbrales de la muerte; ¿pero os habeis convertido despues de vuestras enfermedades? Os parecia que estábais mudados, se lo asegurábais al ministro de la penitencia, y aun acaso tambien á los que os asistian; ¿pero lo estábais en la realidad? ¿Despues que pasó el peligro, des-

1 Psalm. 40. v. 22.

pues que recobrasteis la salud, no han vuelto á manifestarse las pasiones, y á poco tiempo os hallasteis el mismo que antes? ¡Acaso puede el corazon formarse tan presto nuevas inclinaciones, ó pudieron éstas renacer de nuevo!

¿Os parece, amados ayentes míos, que despues de una vida llena de desórdenes, dos dias de enfermedad os han de hacer castos? ¡Ah! acaso Dios permitirá que la memoria de vuestros pasados deleites os arranque aún mil pecaminosas complacencias cuando esteis para morir; acaso entonces todavía os deleitareis en mirar con vuestros ojos moribundos pintadas en vuestras paredes las funestas imágenes de vuestros pasados desórdenes; acaso espirareis teniendo á la cabecera de vuestra cama el infeliz objeto que corrompió vuestro corazon; y no obstante el escándalo público, no podeis resolveros á separaros de él aun en la muerte. Esta es una verdad pronosticada ya por el Espíritu de Dios: los huesos del impuro se llenarán entonces de los desórdenes de su juventud, y sus vicios dormirán con él entre las cenizas del sepulero. *Ossa ejus implebentur vitiis adolescentiæ ejus, & cum eo in pulvere dormient.*¹ ¿No se ha visto en nuestro siglo, y aun en el de nuestros padres, algunos mónstruos que al mismo tiempo de espirar juraban una funesta fidelidad hasta mas allá de la muerte, al detestable objeto de su pasion, mientras sus almas reprobadas salian de sus cuerpos entre suspiros y pesares de apartarse de las culpas y del deleite? ¡Oh Dios mio! ¡qué terrible sois cuando entregais al pecador á su propia corrupcion!

¿Os parece que un hombre cuyo único deseo mientras ha vivido ha sido el juntar riquezas á costa de los pueblos y por los mas injustos é infames caminos, os parece que en-

¹ Job. 20. v. 21.

tonces podrá persuadirse á que son pecaminosas unas ganancias que siempre ha tenido por lícitas, y que querrá que las infinitas restituciones que debiera hacer, reduzcan su nombre y posteridad al polvo de que los habia sacado? ¡Ah! dice el Espíritu Santo; su alma vomitará las riquezas que habia tragado, pero será muy contra su voluntad; el Señor las arrancará de sus entrañas, pero no arrancará de su corazon el amor que las tenia. *Divitias quas devoravit, evomet, et de ventre illius extrahet eas Deus.*¹

¿Os parece que un impío que puso su gloria en su confusion; y que mil veces ha profanado la santidad de nuestros misterios con sacrílegas irrisiones, se hará fiel y religioso en la hora de la muerte? Acaso se preciará hasta el último instante de su vida de una superioridad de entendimiento con que lisonjeará su vanidad; acaso querrá manifestarse superior á los temores vulgares mirando tranquilamente y con seguridad la incertidumbre de la otra vida; acaso al tiempo de morir divertirá á los asistentes con algun dicho gracioso á costa de su salvacion, y acaso morirá como un mónstruo y un desesperado.

¿Os parece que una mujer mundana, desvanecida con su hermosura, entregada á sus placeres y estrechamente unida con el mundo y consigo misma; os parece que podrá ver entonces sin pena la destruccion de su cadáver, y que el mundo y todas sus diversiones se desvanecen y se separan de ella para siempre? ¡Ah! entonces permitirá Dios que aun estando para morir, solamente piense en los cuidados de su hermosura; que continuamente esté pensando en las mutaciones que habrá ocasionado en su rostro una larga enfermedad que acerca de esto oiga con gusto todo cuanto

¹ Job. ibid.

quiera persuadirla la lisonja; que al tiempo de espirar se renueve todo su amor al mundo, y diga como aquel desgraciado rey de Amalec: ¿De este modo me arrebatara la muerte cruel en la flor de mis dias? *Siccine separat amara mors?*¹

Vos, Señor, nos avisais en las Divinas Escrituras que su fin será semejante á sus obras: *Quorum finis erit secundum opera ipsorum.*¹ Si habeis sido deshonestos en vuestra vida, morireis como tales; si habeis sido ambiciosos, morireis sin que muera en vuestro corazon el amor al mundo y á sus falsos honores; si habeis vivido tibios, sin vicios ni virtudes, morireis con tibieza y sin compuncion; si habeis vivido irresolutos formando continuamente proyectos de penitencia sin ponerlos jamás en ejecucion, morireis llenos de deseos y vacíos de buenas obras; si habeis vivido inconstantes, siendo tan presto del mundo como de Dios, tan presto sensuales como penitentes, gobernándoos siempre por vuestro gusto y por la inclinacion de un génio inconstante y ligero, morireis en estas deplorables alternativas, y vuestras lágrimas en la hora de la muerte serán de la misma especie que las de vuestra vida: esto es, vuestro arrepentimiento será pasajero y superficial, vuestros suspiros nacerán de un corazon tierno y sensible, pero no de un corazon penitente; en una palabra, morireis en vuestro pecado: *In peccato vestro moriemini.* En aquel pecado en que habeis vivido encenagados tanto tiempo, en aquel pecado que es mas propio vuestro que de los demás, porque domina en vuestras costumbres y en vuestro temperamento; en aquel pecado que os es como natural, y del que no habeis conseguido enmendaros en toda vuestra vida: *In peccato vestro moriemini.* Acab muere impío, Jeza-

1 1. Reg. 13. v. 32.

2 2. Corinth. 11. v. 15.

bel deshonesto, Saúl vengativo, los hijos de Helí sacrilegos, Absalón rebelde, Baltasar afeminado y Herodes incestuoso. Toda la Escritura está llena de semejantes ejemplos; todos los profetas publican estas amenazas: Jesucristo se explica hoy de un modo capaz de hacer temblar á los mas insensibles; la experiencia es terrible en este asunto, y vosotros mismos estais diciendo que la muerte es conforme la vida: ¿pues qué mas se necesita, católicos, para haceros tomar desde ahora la resolucion de trabajar en vuestra eterna salud, y no dilatar hasta el fin un negocio que nunca se puede empezar demasiado temprano, y mas cuando regularmente se yerra si se dilata? Trabajad, pues, mientras Dios os concede tiempo; no llegueis á la hora de la muerte con deseos, sino con frutos de penitencia; buscad á Jesucristo mientras podeis hallarle, porque si dilatais vuestra conversion hasta el fin, no solamente no podreis buscarle, sino que aun cuando pudiérais, no le buscaríais, y aun cuando le buscáseis, no le hallaríais: *Queretis me, et non invenietis, et in peccato vestro moriemini.* Ultima verdad, aun mas terrible, reducida á dos reflexiones con las que probaré que casi siempre es inútil la penitencia en la hora de la muerte.

SEGUNDA PARTE.

Si dilatais vuestra conversion para la muerte, morireis en vuestro pecado, porque aun cuando pudiérais entonces buscar á Jesucristo no le buscareis, y aun cuando le busqueis no le hallareis.

Dije primeramente que entonces no buscareis á Jesucristo, porque se habrá apartado de vosotros y os habrá abandonado: *Ego vado, et in peccato vestro moriemini.* Pri-

mera razon. El pecador en su última hora abandonado de Dios.

Es una verdad eterna que el Señor tiene puestos límites á su paciencia y que nunca se pueden traspasar estos límites, y que así como ha establecido un tiempo para acordarse del pecador, segun la expresion de Job, ha señalado tambien otro para olvidarse de él: en los tesoros de su misericordia hay número cierto de favores especiales, destinados para cada uno de nosotros en particular, y si llegamos á agotarlos con una continuada série de infidelidades, podemos infaliblemente contar con la indignacion de Dios, sin que quede para los que han abusado de ellos mas que ó los socorros ordinarios y casi siempre inútiles de la gracia, ó aquellos recursos que se sacan únicamente de su omnipotencia, de los que no le permiten servirse el orden de su providencia y de sus consejos eternos. Por eso cuando las abominaciones de Sodoma llenaron la medida y no se halló el número de justos decretado en los consejos eternos, por mas que Abraham levantó las manos al Señor, no se dejó vencer su Majestad é hizo llover desde lo alto del cielo su indignacion y su fuego sobre aquellas ciudades pecadoras.

Bien sé que todo el tiempo de la vida presente es tiempo de salud eterna y de propiciacion; que siempre estamos en estado de volvernos á Dios; que en cualquiera hora que el pecador se convierta al Señor, su Majestad se convierte á él, y que mientras esté levantada la serpiente de metal no hay llaga incurable; esta es una verdad eterna; pero tambien sé que cada gracia especial de que abusais puede ser la última de vuestra vida, que Dios se cansa, que no son unos mismos respecto de todos los hombres los límites de su bondad; que despues de haber perdonado tres pecados á

Damasco no quiso perdonar el cuarto, y que algunas veces una sola culpa consuma la reprobacion de un pecador: Bien sé que *es terrible en sus consejos para con los hijos de los hombres;*¹ *que no conocemos el poder de su indignacion, y que nadie ha podido jamás contar su favor y su ira.*²

Supuesta esta verdad tan terrible y tan cierta, se infiere desde luego una consecuencia que no lo es menos: si la Escritura nos anuncia en todas partes que Dios algunas veces se retira de una alma infiel, y que despues de haber cuidado inútilmente por mucho tiempo de Babilonia, se venga por último, abandonánla á sí misma, no hay circunstancia en que sea mas propia y mas justa esta severidad que cuando el pecador está para morir. Porque decidme, católicos, si despues de haber despreciado un corto número de inspiraciones, deja Dios algunas veces entregada el alma á sí misma, ¿qué podeis prometeros en aquel último instante, particularmente los que no podreis contar vuestros dias pasados mas que por el abuso que habeis hecho de sus gracias; los que desde el principio de vuestra vida hasta aquella última hora siempre habeis vivido agitados con crueles é inútiles remordimientos acerca de vuestro estado; cuando vuestra impenitencia y vuestra ingratitude acaso habrá llegado hasta envidiar mil veces la suerte de los compañeros de vuestros desórdenes, por haber observado en ellos una conciencia tranquila en medio de las culpas, y un corazón obstinado contra todas las amenazas de la religion; los que habeis despreciado sus misericordias mientras habeis podido gustar del fruto de vuestras infidelidades; cuando os habia dispuesto para este abandono con

1 Psalm. 65. v. 5.

2 Psalm. 39. v. 11, 12.

los repetidos avisos de su inflexibilidad para con los pecadores que dilatan su conversion hasta este último instante? ¿Quereis que entonces el Dios justo y terrible os mire con ojos de misericordia, que se acuerde de vosotros en el tiempo de vuestra afliccion, esto es, en la única circunstancia que tanto tiempo habia estado esperando para vengarse y para castigar el indigno abuso que siempre hábeis hecho de sus gracias?

Pero ¡oh Dios mio! ¿dónde estará entonces aquella justicia que baña sus flechas en la sangre del pecador, que insulta á las lágrimas del impío que está para morir, y que se consuela con su venganza? ¿Qué habia de ser de aquellas terribles amenazas que nos habeis dejado en vuestros santos libros, que siempre llegan á tener efecto? ¿y cuándo habia Dios de vengarse si no se vengara entonces? La paciencia con que sufré al pecador mientras goza de salud, ¿seria tan terrible como nos asegura el mismo Señor en las Divinas Escrituras, si viniera á parar en un acto de clemencia? ¿seria por ventura tan severo cuando tarda en castigar, si al mismo tiempo que disimula sus ofensasno preparara una funesta obstinacion para el fin?

Pero, amados oyentes míos, aun cuando la justicia de Dios no se opusiera á su clemencia en aquel último instante, bastaria solamente la misma naturaleza de la gracia que os prometeis para entonces, para que no la esperáseis: porque no solamente os prometeis la gracia de la conversion, esto es, aquella gracia que muda el corazon, sino que os prometeis tambien la gracia que nos hace morir en santidad y justicia, la gracia que consuma la santificacion del alma, la gracia de la perseverancia final; pero esta gracia es propia de solos los escogidos, es el mayor de todos los dones, es la consumacion de todas las gracias, es la última

señal del amor que Dios tiene á una alma, es el fruto de una vida inocente y piadosa, y es la corona reservada para los que han peleado legítimamente: Dios, rigurosamente hablando, á nadie debe este inestimable favor: algunas veces suele negarle aun á aquellos que han caminado mucho tiempo en su presencia por los caminos de la justicia y de la santidad; el deplorable fin de Salomon es un ejemplo capaz de hacer temblar á los justos de todos los siglos: ¿y os parece á vosotros que el beneficio mas señalado de todos ha de ser premio de una vida llena de ingraticudes? ¿y os atreveis á lisonjearos que no se le ha de negar entonces á un pecador inveterado, siempre advertido y siempre infiel, una gracia que no siempre se concede á los que han sido justos por mucho tiempo? ¿y os prometeis que el Señor ha de llenar la medida de sus misericordias cuando vosotros hayais llenado la de vuestras culpas? ¡Oh Dios mio! ¿es posible que casi todos los hombres vivan entretenidos con una tan necia esperanza, y que otros siervos que siempre están crucificando su carne para alcanzar este precioso don, y que siempre están temblando el que se les niegue, se hayan de engañar? ¿en qué se funda el pecador que continúa ofendiéndoos para contar con este excelente don, cuando al mismo tiempo no ofrece para alcanzarle mas que sus delitos y la presuncion de haberle esperado?

Sí, católicos, aun cuando Dios concediera algunas veces esta gran misericordia en la última hora á una alma que hasta entonces hubiera diferido su conversion, digo que nunca os la concederá á vosotros que solamente la dilatais hasta aquella hora, porque en ella esperais esta misma misericordia: es verdad que pudiera suceder que un pecador que en el tiempo de sus desórdenes nunca hubiera reflexionado acerca de su estado ni de su salvacion, y que hubie-